

La Mansión San José

Jose R. Castro.



Capítulo 1

Había dejado las valijas a un lado de la entrada. Precisaba saber la hora exacta: 2:45 de la tarde, de un día viernes 7 de julio. Miraba ambos lados de la avenida que dejaba circular numerosos peatones, como un mar de gente sin memoria y sin tiempo. Todo era tan absurdo y sencillo.

Sabía que su cita lo esperaba las 3:00 pm y no debía atrasarse, ella era puntual, silenciosa, era imposible atrasar su paso, ni de la sombra más certera ni el joven más audaz. Todo se mantenía en un perfecto orden, el cual el muy bien había medido, se venía convenciendo 5 años atrás de su llegada, y tres meses para acá, había ingeniado su plan maestro: La gran escapatoria.

Un viejo brujo indígena, en uno de sus tantas aventuras, en busca de la arquitectura milenaria, lo habían hecho internarse en las espesas selvas "talamanqueñas", donde conoció a Don Atu, un viejo chaman, que sonreía todos los días de su vida, como si sus arrugados labios se hubiese endurecido con la brisa y una desgastada dentadura ausente de ciertos dientes sonriera con ganas ante el implacable destino. Sus ojos Casi chinos lloraban de sabiduría, su piel café y dura como cuero, mantenía más que moscas fuera de sí. Nadie conocía la edad de Don Atu, algunos decían que fue el primero en convencer a la gente en que era posible alejarse de todo, del amor, de lo material, de la desdicha y hasta del destino; cada vez que lo afirmaba era una gran y contundente teoría.

-Usted tiene que creerme...- le dijo con paciencia.

-Don Atu, yo no deseo olvidarme y escapar, yo busco una solución de vida...-

-Alberto...- fue entonces cuando sonrió con inocencia y mirándolo fijo agregó: -Usted busca escapar de la vida, no darle solución...-

Luego de aquella tan lejana –en aquel instante- historia con Don Atu, Alberto, no mantenía discordia alguna, aquello había cambiado su vida, le habían dado la fórmula para el escape, y sabía muy bien que aunque don Atu, nunca le afirmo que no necesitaría dinero u equipaje, que todo había estado hablado y que tendría que estar en punto a la hora establecida, en la entrada de "La mansión San José", una vieja casa de aspecto clásico que emergía entre la vieja ciudad josefina, con postura y esencia. Alberto desconocía aquel lugar, nunca había escuchado en sus largos años como arquitecto, que aquel icónico lugar tuviese tanta presencia.

Miro de nuevo su reloj, alzo su vista a la fachada con el rotulo blancuzco que se mantenía erguido. Miro hacia los adentros donde una solitaria recepción desempolvaba un silencio cautivador. Sintió por un momento un

profundo miedo, como si sus dedos no podían sentir la dura calzada, ni podía corregir con líneas visuales las dobladas columnas, sentía que ya nada era igual, y recordaba constantemente frases de Don Atu, que lo mantenían en una paranoia absoluta. ¿Quién llegará? ¿A dónde me iré?

Repaso el plan de nuevo en su cabeza y un el pulso tan caótico de su muñeca, le afirmo el último movimiento de la manecilla hacia la hora pactada. Tres en punto de la tarde. Miro el boulevard que ahora lucia desierto y encontró una pequeña niña que caminaba con lentitud a la distancia. Analizo su vestimenta, algo vieja, de viejas contextura y manufactura, con volados y una tela tersa en negro. Al mirar las piernas, no lucían de una niña normal y se dio cuenta que entre más se acerba, tambaleaba su figura, y crecía, sus senos se amontonaban y una mujer poco a poco se iba convirtiendo. El susto no llego tan inesperado como suponía, ya que a los pocos metros la figura de la mujer, ahora anciana, se había detenido, con un velo sobre su rostro.

Extendió su arrugada mano, la cual Alberto miro con des confianza. Recordó las palabras de don Atu: "La mejor solución a la vida es enfrentarla...", miro de nuevo a la anciana misteriosa que esperaba inmóvil con su mano extendida, "a menos que quieras escapar de ella...", lo medito, sabía que no estaba muy lejos de poder olvidarse de absolutamente todo, la curiosidad callo apedreadas en su frente y estiro su mano recibiendo a la vieja mujer sin rostro.

La anciana tomo la mano con fuerza y lo condujo a pasitos por las gradas, hasta el último piso en la última habitación con el número 7. Creyó sentir que no había nadie en aquella famosa mansión, y podía jurar que si acercaba lo suficiente su oído a las otras puertas, escuchaba su voz y de conocidos, como cuartos sus pendidos entre el tiempo y el espacio, recuerdos atrapados que se producían una y otra vez en aquellas en polveadas habitaciones, podía escuchar su vida pasar, inclusive casi en la penúltima habitación, escucho reír a carcajadas a Don Atu, pero en su trance extraño que había ocurrido en aquel largo pasillo hacia la última puerta, centro su vista en la anciana, que ya no lucia decrepita y vieja, si no que unas caderas torneadas daban campanazos de un lado a otro, su velo aun cubría su rostro, pero el vestido poco a poco se encogía, tanto que nunca había sido tan absolutamente seducido por una espalda femenina tan perfecta, su trasero se torneaba cada vez más voluptuoso hasta tener las dimensiones -para el- exactas.

Por fin, la dama abrió la puerta y para su sorpresa se encontró con una sencilla habitación de hotel. Una cama matrimonial, sin ventanas, un gran cuadro al pie de la cama.

Se acostó en la cama y miro el techo, no podía hablar, no sentía la necesidad de, era una gran paz, una sensación de autocontrol. Cerró sus

ojos y decidió entregarse a la última frase que don Atu le había comentado:

“Calla... cierra los ojos a las grandes luces y envuelve todo aquello de ansias, de sentimiento, de complejas formas de amar, calla y deja todo ahí. Un beso traerá la fortuna del caído en mansos remos de agua tibia, de labios partidos de hojas secas, de amaneceres tardíos en veranos que aún no acontecen. No sufrirás, no llorarás, no taladrarás tu mente con llanto, sonreirás después del ocaso, libre y sereno...”

Abrió sus ojos luego de aquella reflexión, nunca fue bueno para seguir indicaciones, siempre su curiosidad establecía la ruta de escape, y para su desdicha o fortuna, lo que sus ojos vieron, que pudo ser lo último, le dio fuerzas para levantarse como fiera de aquella cama tan pesada y terrosa. A como pudo quito de encima todo aquello que le impedía sonreír y echo a correr desnudo por el pasillo, de nuevo escuchaba las voces de su vida y con el miedo más grande, no volteo su cabeza al frío que sujetaba sus extremidades con cada paso que se acerba a las escaleras. Bajo casi brincando gradas enteras, hasta que sus pies descalzos tocaron el piso del lobby, se arrastró sin fuerza hasta la entrada y estiro su mano hacia el marco de la puerta, donde noto que sus manos estaban delgadas y arrugadas, con todo el peso de los años.

Con el último suspiro se hizo sumergido hacia la calle, donde el boulevard pasaba y todo pasaba, el tumulto de gente la cual se tapaba la nariz y seguía directo. Se sentía débil y se miró: su viejo saco estaba desgastado y su pantalón deshilachado y sucio, su propio olor era insoportable, y sus pies callosos mantenían el poco calor que necesitaba. Miro hacia arriba y se dio cuenta que se encontraba acostado entre el caño y “La mansión San José”.

Se puso con dificultad sentado y se arre costo a las dobladas columnas, el sol le pegaba en el rostro y justo ahí se dio cuenta de su realidad, de aquella vida que había dejado atrás, recordaba a Don Atu e inmediatamente tenía la necesidad de saber la hora.

Se acomodó su barba y escupió con desgana, le detuvo amablemente el paso con su pie a un joven que caminaba apresurado: -Jovencito... ¿qué hora tiene?

-Las tres, señor...- respondió con prisa mientras seguía su camino. Alberto sabía que de nuevo era hora, la niña apareció a un extremo de la calle y por fin entendió que debía sonreír, el tiempo corría cuando escapabas de la muerte.

Así sucedió, don Alberto le tomo toda su vida para aprender a sonreírle, puesto que cada día las 3 de la tarde tenía una cita con su destino, con la

dama más hermosa y más seductora que había visto, siempre sabía como convencerlo, hasta que un buen día decidió morir a besos.